

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO - CICLO C

Zac 12,10-11; 13,1

Esto dice el Señor:

Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén espíritu de gracia y de oración, y pondrán su vista en mí a quien traspasaron, y lo plañirán con llanto como sobre un unigénito, y harán duelo sobre él, como se suele hacer en la muerte de un primogénito.

En aquel día será grande el llanto en Jerusalén, así como el llanto de Hadad-Rimón en el campo de Meguido.

En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, y para los moradores de Jerusalén para lavar las manchas del pecador y de la mujer menstruosa.



Ornamentos verdes

Sal 62,2-3a. 3b-4. 5-6. 8-9 (Respuesta: 2b)

R. De ti tuvo sed mi alma, Señor, Dios mío

Dios, Dios mío, a ti estoy en vela desde que amanece.
De ti tuvo sed mi alma,
mi carne desea y tiene sed de ti.
En tierra yerma y sin camino y sin agua.

En ella me presenté a ti como en el santuario,
para ver tu poder y tu gloria.
Porque tu misericordia es mejor que la vida,
mis labios te alabarán.

Y así te bendeciré en mi vida,
y en tu nombre alzaré mis manos.
Como de grosura y de gordura sea llena mi alma,
y con labios de regocijo te alabará mi boca.

Porque fuiste mi auxilio,
En la cubierta de tus alas me regocijaré.
Mi alma se apegó a ti, tu diestra me ha amparado.

Gal 3,26-29

Hermanos:

Todos sois hijos de Dios por la fe, que es en Jesucristo, porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo.

No hay judío, ni griego; no hay siervo, ni libre; no hay hombre, ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Jesucristo. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente la simiente de Abraham sois, los herederos según la promesa.

Lc 9,18-24

Y aconteció que estando Jesús solo orando, se hallaban con él sus discípulos y les preguntó, y dijo:

- «¿Quién dicen las gentes que soy yo?»

Y ellos respondieron, y dijeron:

- «Juan el Bautista, y otros Elías, y otros, que resucitó alguno de los antiguos profetas».

Y les dijo:

- «Y vosotros, ¿quién decís que soy?»

Respondiendo Simón Pedro, dijo:

- «El Cristo de Dios».





Él entonces les amenazó y mandó que no lo dijeren a nadie, diciéndoles:

- «Es necesario que el Hijo del hombre padezca muchas cosas, y que sea desechado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y que sea entregado a la muerte, y que resucite al tercer día».

Y decía a todos:

- «Quien en pos de mí quiere venir, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame, porque el que quiere salvar su alma la perderá y quien perdiere su alma por amor de mí, la salvará».

Comentario breve:

-  Anuncio del reino de Dios, profecía aplicada a Jesús crucificado: «pondrán su vista en mí a quien traspasaron». Descendiente de David, hijo unigénito. Fuente abierta para purificación de los moradores de Jerusalén.
-  Esta sed de Dios es un fenómeno común, después de haberlo descubierto. La experiencia de Dios hace palidecer todo lo demás.
-  Todos somos hijos de Dios por la fe en Jesucristo y por haber recibido el bautismo. Por eso ya no hay distinción entre unos y otros, sino que todos somos hijos de un mismo Padre y, por lo tanto, hermanos.
-  Simón Pedro es quien confiesa a Jesús. En el evangelio de san Lucas no aparece la afirmación de Jesús según la cual no sería la carne ni la sangre quienes habrían enseñado esto a Pedro, sino el Padre que está en los cielos (cf. Mt 16,17). La amenaza no hay que entenderla en sentido literal, como si Jesús se hubiera enfadado, lo que Jesús no quiere es que esta confesión de Pedro sea malinterpretada por los discípulos en un sentido triunfalista. El triunfo de Cristo pasa por la cruz.